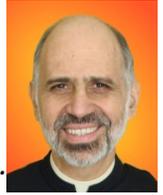


El amor hace arder al alma en deseos



Fernando Torre, msp.

Somos un manantial de deseos. Tenemos muchos y diversos deseos. Con el tiempo, podrá ir cambiando lo que deseamos, pero los deseos nos acompañarán toda la vida.

Percibimos el deseo como un dinamismo que brota de nuestro interior. Puede venir de nuestro cuerpo, de nuestra emotividad, de nuestra mente, de nuestra alma. También puede surgir cuando entramos en contacto con algún valor, con una misión, con una persona...

Concepción Cabrera le dice a su hija: «el amor da fuerzas, y todo lo arrolla y todo lo vence: es un fuego consumidor que hace arder al alma en deseos de asimilarse con el objeto amado»¹.

El amor, que el Espíritu Santo ha infundido en nuestros corazones (cf. Rm 5,5), enciende nuestro corazón y suscita deseos. La esperanza, otra virtud teologal, es el deseo de algo mejor en este mundo, el deseo de la felicidad eterna, el deseo de Dios y de asimilarnos a él.

El deseo es como un cuchillo filoso: sumamente útil, pero con él podemos cortarnos o herir a los demás. Por eso, es necesario *educar* nuestros deseos, para que nos lleven a un buen puerto o, al menos, no nos hagan naufragar o hagan daño a los demás; *tenerlos bajo control* –para eso sirven la inteligencia y la voluntad–, si les damos “rienda suelta” causarán estragos: allí están los pecados capitales; *encauzarlos* hacia fines grandes, nobles, creativos, altruistas, espirituales.

Y, una vez educados, controlados y encauzados, *avivarlos* o pedirle al Espíritu Santo que los avive, pues son la fuerza que pone en movimiento todo nuestro ser.

Solo un deseo intenso supera los obstáculos, vence nuestra cobardía y pereza, y nos da fuerzas para trabajar con entusiasmo y tesón. Solo un deseo intenso nos da la capacidad de soportar privaciones y sufrimientos y de hacer cualquier sacrificio con tal de conseguir lo que deseamos.

¹ Carta escrita en diciembre 1912, en *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 170.